

Unificación del Lenguaje Literario (1)

DIVERSAS SOLUCIONES

Los dos problemas que preocupan a los euskerólogos, el de la unificación ortográfica y el de la unificación de los dialectos, son muy dignos de atención; pero sobre todo el segundo porque es más arduo y no menos necesario para la conservación de la lengua. Con todo, no es tan fácil aun el primero que solo nos reste convenir en las letras *f̄s* o *fx*, *rr* o *ř*. Con laudable criterio, M. Gavel ha suscitado la cuestión de la *h*, que pudiera hacerse extensiva a la ^h*p* o *ph*, ya que es innegable la existencia de un sonido intermedio entre la *f* latina y la *p*, como en *aphari*, *Napharra*. No es raro este sonido que se produce tocando labio con labio (no el labio inferior con los dientes superiores) y emitiendo el aire suavemente, resultando un verdadero sonido aspirado, casi igual a la *φ* griega. Asimismo, no sería ociosa la cuestión de si convendrá pintar o no el acento circunflejo, ya directo, ya inverso. Muy fácil es resolver tales cuestiones cortándolas de plano, con afirmar que los sonidos o tonos que por esos signos se quieren representar son exóticos. No se puede negar que nuestra fonética no está bien estudiada, y mientras

(1) Ormaetxea'k gai onezaz egindako lan au, «Revista Internacional de Estudios Vascos»'en agertu zan. Bere ḡaya arazo onetan egokia zala-ta Bilbo'n egitiiko batzafean irakufi zan.

tanto, las preocupaciones nacidas de preferencias de dialecto no deben ser suficientes a perder todo el respeto a los que creen estar en posesión de sonidos vascos distintos. Por lo menos, se impone el estudiarlos para resolver con más solidez si son o no legítimos nuestros.

A pesar del campo que aún en este ramo aparece por explorar, no es cosa tan difícil, una vez hecho este estudio, el convenir en la ortografía como en un dialecto literario común. Aquí está la dificultad y de ello voy a ocuparme en breves líneas. El problema vital, dicen ahora, aquel de que depende la conservación y cultivo de nuestro idioma, es el de la unificación de dialectos a fin de fundar una literatura, dique poderoso que contenga la inundación que lo amenaza.

Pero ¿cómo se le debe plantear? Respetando opiniones, digo no obstante con franqueza que no entiendo las soluciones tal como las proponen algunos. A dos se reducen éstas, a mi parecer: la de formar una lengua literaria nutrida de la savia de los cuatro dialectos principales, o la de adoptar uno fijo, el que esté más extendido verbigracia. Comenzando por esta última, se pueden advertir en ella tres defectos: el empobrecimiento de la gramática que traería consigo, la falta de frescura y espontaneidad en los escritores y, por fin, el no poder sacar de él solo todo el partido literario que se pudiera del concurso de otros.

Y dejando aparte el amor propio herido de los que vieran postergado el suyo, prescindiendo de la unión de las voluntades no menos difícil que el de las inteligencias, esa solución ¿no daría por resultado el empobrecimiento de la morfología? Pongámonos en el caso más favorable, que es sin duda aquel en que

el escritor habla desde niño el dialecto preferido para la literatura. Usando las formas gramaticales exclusivas de él, impedirá el conocimiento de la morfología vasca actual en su totalidad a los paisanos que no recorran todo el país ni tengan otro medio de darse cuenta del material lingüístico indispensable, y a los extranjeros que sigan con interés el destino de nuestro idioma. Tal inconveniente quedaría evitado con escribirse en todos los dialectos, o en uno que el escritor adoptase, nutrido de la savia común de todos. Esto último supone, claro es, que el escritor debe ser versado en todos los dialectos, fidelísimo en transcribir las formas gramaticales, muy prudente en su empleo y que él ha de contribuir de este modo indirecto al estudio de la lingüística. Porque el fundar, por ejemplo, otras publicaciones exclusivas para este fin de estudiar la morfología, sería muy poco práctico, pues apenas tuvieran suscritores, cuando es de temer que ni aun las obras amenas los tengan demasiados.

No es menester raciocinar mucho para advertir el segundo defecto: la falta de espontaneidad. Suscribo gustoso en este punto las palabras del digno director de esta revista: «...tomada al pie de la letra (esta solución), tendría el inconveniente de cerrar el camino a escritores de natural talento y aptitudes, que no se decidirían a escribir en un dialecto que no fuera el suyo, y en el que se verían privados de la frescura y lozanía, cualidades muy apreciables sobre todo en una literatura espontánea y popular como la nuestra». REVISTA INTERNACIONAL, Julio-Diciembre, pag. 177). Esto fué lo primero que nos ocurrió al tener noticia del proyecto del Señor Azkue, muy laudable en él, porque supone el noble sacrificio de abandonar en parte su propio dialecto. Nos afianzamos, pues, con el apoyo de las

palabras citadas, en una razón obvia en teoría y no demasiado ideal en el orden práctico.

Vengamos a la tercera dificultad. No es cosa de nuestros días cierta preferencia por el dialecto guipuzcoano, sea por su mayor extensión, sea por su mejor inteligibilidad, sea, en fin, por otras ventajas intrínsecas que pueda tener sobre los demás. Ya el P. Cardaberaz reprochaba, y con razón, la costumbre de algunos curas vizcainos que dirigían la palabra a sus fieles en guipuzcoano. Para el fin del P. Cardaberaz que era el de anunciar la divina palabra a los pueblos, no hay duda, su criterio era el más acertado. Pero tratándose de libros que se han de leer en diversas comarcas, bien supo distinguir el P. Mendiburu, de cuyo criterio hablaremos luego. El carácter se refleja en el dialecto, y en el guipuzcoano ha influído cierta especie de formalidad y cortesanía propios de su gente. En realidad el suave dialecto guipuzcoano que en el pueblo del que esto escribe se entendía suficientemente por lo contiguo del territorio y del dialecto, parecía como algo más venerable que el que allí se usaba. Este defecto de educación nos hubiera hecho ver como menos digno el nuestro llevado al púlpito por el señor Párroco; pues es de saber que al venerable anciano hubiera tenido que hacer la misma advertencia el famoso misionero. Todavía me sigue pareciendo más grave y acomodado para la sagrada cátedra el guipuzcoano; pero para géneros literarios profanos me parece más apto el labortano. La espontaneidad, la gracia, el humor propios de los hablistas pirenaicos en vano los buscaremos en otros vascos. Por otra parte, dos escritores y no profanos, sin rival en ningún dialecto vasco, Axular y Mendiburu, escribieron en éste o es al que más se acercaron; lo cual prueba

la especial aptitud de él para la literatura. ¿Cómo, pues, privar al estilo literario de mañana de elementos más variados procedentes del carácter de cada comarca que completen el de toda nuestra raza?

Pasemos ya a exponer el criterio del P. Mendiburu: «nonai adi ditezkean itzak billatu ditut alegiñean, bada liburua bazter guzietako egiña da, ta itz guziak ez dituzte era batean bukatzen euskaldun guziak. Egia da, (irakurleak) dauden eran irakurtzen baditu ere..... ez dutela adilleak galduko erraten zaiena, bada liburu onetako euskara, len egin nuanarena baño errazagoa da; ta angoa ere aditzen dute, dagoen bezala diodan eran irakurtzen bazaye (irakurleak itzen batzuek aldatuaz), berak erraten dutenaz. Eta beñ edo berriz zerbait galduagatik, laster oituko, dira aditzen dituzten itzetara; ta erdarazko eta beste bear ez diranak utzirik, artuko dituzte beren izkuntzetarako itz euskaldun garbi leunenak». «Usaré, dice, en lo posible, palabras que se puedan entender en cualquiera parte, porque el libro se ha hecho para todas partes y todas las palabras no las entienden igualmente todos los vascongados. Es cierto que aunque el lector las lea tal como están (*supone un lector que dirige desde el púlpito para lo cual compuso las meditaciones*) que no perderán los oyentes lo que se les dice, pues el vascuence de este libro es más fácil que el del libro que compuse antes, y aun aquel lo entienden, según confiesan ellos, si se les lee como indico (*cambiando el lector con preparación anterior algunas palabras de mejor inteligencia en cada auditorio*). Y aunque una u otra vez pierdan algo, pronto se acostumbrarán a las palabras que oyen, y dejadas aparte otras extrañas y que no se deben admitir, escogerán para su habla las palabras vascas más netas y suaves». Vemos aquí que

el problema cuya solución nos preocupa no es de hoy. Y manera más razonable de resolverlo no es fácil que encontremos. El P. Mendiburu, a mi juicio, expuso una teoría acertada en las palabras citadas, la practicó en sus libros, y consiguió lo que hoy pretendemos. La edición reciente por el señor Orkaiztegui 1904, la he visto hojeada con fruición por jóvenes seminaristas navarros, vizcainos y guipuzcoanos, que entran muy pronto en la lectura de este autor. Si no se difunde más en el pueblo no hay que achacarlo a cuestiones de dialecto sino a la falta de práctica en la lectura. Esta dificultad, en que acaso no se ha reparado debidamente, es mucho mayor, y acaso la única verdadera que se opone a la difusión de la literatura en el pueblo. Si alguno se ha gloriado de que en nuestro país el número de analfabetos es menor que en otros, ese tal no ha advertido que semejante alfabetismo es como si no lo fuera para los vascos de lengua. Nuestros silabarios, carteles y libros de lectura son castellanos, y con ellos no aprendemos más que a deletrear materialmente. Cogemos en la mano un libro castellano, y aunque no lo entendamos, lo deletreamos; pero cogemos otro vasco, y ni lo leemos materialmente, porque las sílabas y palabras en virtud de la mala costumbre adquirida, se nos hacen extrañas. Bien se comprende que uno de esos individuos, analfabeto en realidad y alfabeto materialmente y en apariencia, al abrir un devocionario en su lengua nativa diga que no entiende. Misionero ha habido bien celoso que ante un caso semejante se ha puesto a leer él mismo lo que el fiel acababa de leer, haciéndolo exclamar al fin: «leído por usted, lo entiendo». Caso más extraño es el que a mí me sucedió y que no viene mal referir para mi intento. Cierta amigo mío nada iliterato, pues ade-

más de saber desde niño el vascuence, conocía y manejaba las lenguas clásicas y varias modernas, al leer un artículo mío bien sencillo, confesó por no haber leído nunca en su lengua, que casi nada entendía. Herido en el amor propio se lo leí seguro de que me lo había de entender. En efecto, terminada la lectura exclama: «no 'he dejado de entender absolutamente nada». Esta es la dificultad, y mucho mayor que la diversidad de dialectos. El día en que desaparezca «el craso error pedagógico de dar la instrucción primaria a un pueblo en una lengua que no entiende», el día en que salgamos del «presente estado irracional de cosas» de que habla el antes citado autor, quedará demostrado no sólo que el euskera está lejos de ser rémora para la cultura, sino también, que la diversidad de dialectos que hoy tanto encarece, no era tan serio obstáculo para la difusión de la literatura. Esto es lo que con razón han solido encarecer los misioneros, conocedores como el que más del pueblo. A Axular no le da cuidado (Iracurtçalleari XXII) el que no será entendido porque escribe en su propio dialecto, sino el que le puedan argüir que éste no es tan bueno como el de todos los lectores. Ensáyese, pues, dice, cada uno en el suyo, y supla mis deficiencias porque así no aparezca el vascuence tan pobre como se le cree. Después de dar libertad para que cada cual use su variedad, añade las siguientes palabras: «bere herricoen artean ere ezpaitaquite batçuek nola esquiriba, eta ez nola iracur». Al que no está habituado en la lectura, tan extraño se le hará el dialecto propio como el ajeno.

Volviendo al asunto de la unificación nos resta ver la otra solución, la de formar «un lenguaje literario unificado en léxico sintaxis y grafía que nutriéndose

de la savia de todos los dialectos, nos permita disfrutar de una literatura común», que es uno de los fines de la «Academia de la Lengua Vasca». En el fondo suscribimos esa idea; pero ¿en qué forma se la debe ejecutar? No hay inconveniente en que la Academia trabaje en la unificación de la ortografía; sí en cambio a nuestro parecer, en que se dé a unificar la sintaxis, y sobre todo la morfología. ¿Cómo se podrá hacer esto sin limitación perniciosa de las formaciones gramaticales, sin caer casi en los mismos escollos que en el proyecto anteriormente examinado? Y ¿cuáles son las formas que se deben excluir? Y ¿quien se figura que las disposiciones de una corporación serían acatadas de buen grado por los escritores, suponiendo que no hubieran de ser desorientadas? Este camino presenta más dificultades de las que a primera vista parecen. Aun en lenguas en que el problema es más fácil, como en los romances, bien vemos que los lingüistas modernos reprochan los moldes estrechos que han fabricado sus Academias.

¿En qué forma se deberá practicar, pues, la unificación sin adoptar ningún dialecto fijo ni limitar por selección la riqueza de todos ellos? Dando libertad a cada escritor para que en cada ocasión, género literario y otras circunstancias que se le presenten al escribir, escoja con tino y siembre con arte, y use con prudencia sin acumularlas las formas más distantes y extrañas sin excluir ninguna. Esto hicieron los griegos: así dieron solución a un problema todavía más arduo que el nuestro. Me imagino, y para ello me dan pie aquellos antiguos autores con la conducta que siguieron, que si Demóstenes o Píndaro hubieran hoy de escribir en la lengua de Aitor, escogerían el uno para sus arengas y el otro para sus vehementes

odas, el seco dialecto vizcaino, o tomarían de él la mayor dosis, sazonando su lenguaje con elementos de los otros en menor escala; si Lisias, Sócrates o Cicerón, se me ocurre que tomarían por base el guipuzcoano; si, en fin, Anacreonte, Luciano, el filósofo, o Aristófanes, sus gracias y sátiras, no concibo que hallaran base más apta que el pirenaico. Voy a insertar a mi propósito lo que la recomendable Gramática de Vuela advierte del dialecto de Píndaro: «Así como Homero no emplea el puro dialecto jónico, sino matizado con frecuentes eolismos, así Píndaro no usa simplemente el dórico, sino que lo combina con el eólico y aun con el mismo jónico. Las palabras sacadas del lenguaje homérico como de preciosa cantera, son elaboradas y modeladas a la dórica y coloradas con cierto finte eólico. Es, por tanto, el dialecto de Píndaro, dejando aparte (nótese bien), *dejando aparte otros elementos de menor importancia*, cierta combinación del homérico, del eólico y del dórico; y está hecha con tan acertado fino, que rehuyendo todo aquello en que cada dialecto se aparta mucho de otros, busca con preferencia lo que es común a todos; podría llamársele *la flor y nata* de los dialectos griegos. Por esto desechó lo que Homero tiene de más muelle y anticuado, y tomó del eólico la firmeza de tonos, del dórico la noble majestad. Y llegó a tanto acierto en la combinación, que parece acomodarse a los distintos géneros de ritmo y melodía.» Rehuyendo, pues, todo aquello en que cada dialecto se aparta mucho de los demás, pero usando de elementos de muchos dialectos, consiguió que la aplaudieran en Sicilia, y que en la isla de Rodas, tan distante, grabaran con letras de oro su preciosa oda al púgil Diágoras, natural de ella. Esa es la norma

que me parece más acertada, y ninguno tan apto para realizarla que el mismo escritor, que con amor más sacrificado e idealista del que es posible en cualquiera discusión colectiva, acogerá diferencias de dialecto y podrá ser más amplio en la elección de formas. Ninguno piense que en Grecia no existía el número sin número de variedades que en el país vasco. El territorio era muchísimo más extenso: Sicilia, el continente y el archipiélago europeo, las colonias del Asia menor. Así como nosotros no hablamos de ordinario sino de cuatro dialectos fundamentales, tampoco hablaban ellos. Sabemos que solo el eólico tenía las variedades del asiático, tesalio y beocio. Aunque en realidad no nos constara de esto, se nos debiera hacer muy creíble que teniendo nosotros variaciones de pueblo a pueblo limítrofe, y a veces de barrio a barrio, no serían menores las de isla a isla de los griegos. ¿Qué decir del lenguaje de Homero? Sin meternos a examinar su dialecto, deduciremos por un argumento sencillísimo que no se ató al jónico antiguo. Si alguna de las siete ciudades que se gloriaba de haberle dado la luz primera, hubiera hablado su dialecto o se hubiera aproximado más en su habla a la del poeta, ¿no hubiera traído esta razón como muy poderosa e incontestable? Véase lo que dice otra edición de la Gramática de los PP. de la Compañía de Jesús de Veruela (edic. 4.^a, pág. 327): «La lengua de Homero ha sido hasta ahora, y será quizá siempre un verdadero enigma para la filología. Se ha convenido en llamarla dialecto Homérico, pero sería un error entender esta denominación de dialecto en el mismo sentido que se aplica a los otros dialectos. El de Homero, tal como lo presenta el actual texto de los poemas, no debió ser jamás la lengua de ninguna

región determinada.» Se puede añadir, que si hoy consiguiera la crítica darnos el texto primitivo, sería tanto o más variado en formas gramaticales, aunque se echase de ver el predominio del jónico. Porque al haber sido reconstruído por citas de tantos autores griegos, hemos de suponer en ellos, si no completa fidelidad, pues la facilidad de construcción del hexámetro puede admitir muchos cambios fonéticos y morfológicos, cierta veneración que les haría conservar junto con la poesía la misma gramática. Tanto más, que los poetas sentían predilección, como es sabido, por las formas homéricas, y de Homero se derivó a los principales poetas líricos elegíacos y trágicos, no solo el asunto, sino también buena parte del lenguaje poético.

Superfluo me parece insistir, pues creo ser bastante lo expuesto, por si a alguien le pareciera poderse intentar la misma solución. Por lo menos, véase que éste fué un modo práctico de resolver el problema, a lo cual ¡ojalá llegáramos por esta o por otra vía! Y otros pueblos que lo han solucionado de otra manera, no se pueden ufanar de una tan espontánea, natural y admirable literatura. Cada escritor, pues, según el fin y la índole de la obra literaria, es el llamado a unificar el lenguaje, entendida la unificación como es debido. Lamentarse del exceso de dialectos y quererlos reducir a uno inflexible, formado sí en cuanto al léxico del caudal de todos, pero adoptando una morfología estrecha y matemática, es procedimiento antinatural, antiartístico y absurdo, incapaz de retener la ruina del idioma, y muy capaz de apresurarla. Es de esperar que los que se admiran de que en nuestro país no se venden ni leen ciertos libros sólo inteligibles para cuatro iniciados en el mismo

secreto, vean pronto en ese fracaso la imposibilidad de salvar el idioma y de fundar una literatura. A la reconstrucción lógica hay que oponer la histórica y, sobre todo, la psicológica.

N. ORMAECHEA, S. J.
